

Casas

Nadia Villafruerte

La intimidad doméstica esconde matices y fragmentos de vida que raramente son percibidos de manera aislada. En esta crónica, la novelista y cuentista mexicana Nadia Villafruerte comenta un proyecto del Museo de Brooklyn que escenifica diversos tipos de casas de Estados Unidos, sobre todo del siglo XIX.

para María, Nicolle y Thom

Fantasia y representación. La primera idea que uno se forja de ciertos paisajes a veces llega por representación: ese tipo de emoción distante puede provenir de historias que uno ha leído o visto a través del cine. He sido lectora asidua de Raymond Carver, Richard Ford, Richard Yates y John Cheever, autores que se han inmiscuido en determinado follaje americano para dotarlo de alma propia, postales de ese universo paralelo, el de la ficción, donde la quietud y la anhelada perfección de la vida en los suburbios poco a poco se destrona cuando un zoom al interior de casas con jardín y porche capta las leves pero decisivas fracturas domésticas (el linóleo desleído, el empapelado en los muros, la bombilla en un cuarto, la manguera haciendo ruido en el césped: se puede recorrer el mundo a través de los objetos y sus circunstancias, descubriendo la relación intrínseca con las actitudes y afectos de quienes los poseen).

Justo porque el espacio es la proyección física de una intención humana, la casa se convierte en el mejor mapa de uno: en qué medida se domeña el medio natural para forjar un inmueble, por qué una casa, un barrio y después, la suma de muchos barrios, al hacerse ciudades, hablan por nosotros a través del dónde y cómo vivimos. Pues hay un vínculo inquebrantable entre el espacio físico y quien lo ocupa. No hace falta ser muy sensible para darse cuenta de que la vida se edifica de muy distinta manera en un fondo donde imperan las cortinas de nailon sobre el cemento y las varillas astillando los costados de las viviendas improvisadas, que en los

brownstones llenos de musgo, o que en los dúplex de las colonias promedio, a veces sombríos, a veces húmedos, a veces agobiados por la monotonía de las cisternas, multiplicando su grisura hasta el infinito. Toda arquitectura cambia la imagen de sí misma según el paso de quienes la transitan.

En el Museo de Brooklyn hay un proyecto que escenifica diversos tipos de casas americanas en diferentes zonas y en diversos momentos de Estados Unidos, aunque sobre todo del siglo XIX. En ellas se puede ver, a falta de eternidad, diez mil cosas viejas en un cuarto (la frase es de Wisława Szymborska). *Playing House* se llama la obra, y su puesta en escena es técnicamente impecable, una corriente de abandono se arrastra por el living, los cuartos, la cocina, la estancia, que aparecen inertes e intactos en una época remota y, sin embargo, eclipsados como en un limbo temporal pues no hay mano humana alguna que los perturbe. Nada se mueve y la belleza reposando sobre sí misma intimida un poco. *Playing House* es la vida doméstica suspendida en el tiempo, un tiempo que no conoce la ruptura del cristal de una vajilla de porcelana, el polvo en los tapetes, el ruido de un ventilador de aspas en el corredor.

Las que más llamaron mi atención fueron las casas del sur (Georgia o Alabama), con sus jarrones de barro, sus estantes de madera rural, las marialuisas en la pared, las alfombras de colores discretos, la austera disposición de los muebles (el sillón pegado al tragaluz, el parqué del living despejado, los colores cálidos y las diferentes texturas en ajuares de cama y cortinas). Antes de ver la ré-



Playing House en el Museo de Brooklyn

plica en el museo, yo a esas casas de algún modo las conocía: por los relatos de Flannery O'Connor, Carson McCullers o Tennessee Williams. (¿Alguna vez has estado bajo el agujero del techo desde donde es posible ver las estrellas? Grillos y sapos cantando y una gran negrura moviéndose a tu alrededor, y luciérnagas titilando hasta bien lejos de ahí, sobre los chatos campos de algodón o entre los cipreses?). Ya las palabras las habían construido en mi cabeza, con las nubes de cigarras sobre sus techos, el ruido del tren a medianoche detrás de ellas, los cuarenta grados del verano haciéndolas arder en la lejanía como si fueran un espejismo. Las reconocí no por su arquitectura, ni por el olor a madera y a nafta de sus roperos, sino por los personajes que las habitaron y que le dieron sentido a cada objeto colocado dentro. A una casa de este tipo (ventanas con mosquiteros, corredores pintados de azul cobalto o verde pistache, una silla artesanal amarillo canario) correspondían emociones de pueblo chico: gente curtida en el campo, gente de existencia en apariencia apacible que hacía estallar el marasmo interior en tramas simples: ahí donde bastaba el pitido de una tetera en la estufa para saber que algo ni mío o algo desastroso estaba por ocurrir.

Todo paisaje es político: en cada esquina pueden leerse las diferencias económicas, sociales, culturales de una población cualquiera. Todo paisaje es prueba irrefutable de las proezas de eso que llamamos progreso y civilización, pero también de las desigualdades con las que el progreso se lleva a cabo, de la enorme brecha que el proyecto de la civilización trae consigo. Sé que lo que

digo es obvio, pero intuyo que es tan densa la frontera que establecemos en la jerarquía de dichos espacios, que en determinado momento somos incapaces de traducir nuestro entorno. Este se cierne sobre sí mismo, de algún modo se vuelve hermético, puro trazo urbano o rural que olvida el propósito del espacio en sí: cobijar múltiples experiencias, detonar hechos que de súbito transformen la rutina, provocar la búsqueda de una verdad interior o el despliegue de simulaciones que proyectamos desde ese lugar en el que dormimos o desayunamos diariamente. Nos apiñamos sobre la tierra clavando con tanta determinación una bandera en nuestro territorio, que da la sensación de que todas las odiseas están cumplidas y ya no hay nada más por conquistar.

Hacemos que la perspectiva del paisaje deje de vibrar, hasta que viene la mirada ajena y nos descascara a la distancia. El sopor bajo el cual nos aplasta lo cotidiano, la magnitud del espacio en sí, de pronto nos limita cuando perdemos la arcaica capacidad de intercambiar historias, de contar anécdotas, de impactarnos con prácticas cotidianas que nos revelen la peculiaridad de ese otro que va al lado nuestro.

(Aquí hago el paréntesis propio de la interrupción de un trayecto. Porque he dejado el bajo Manhattan y subo al barco. Debo aclarar que la perspectiva del ojo cuando se llega a Manhattan es lo contrario a cuando se le abandona: uno se siente izado como bandera mientras se está sobre el mar, pero todo se desploma en cuanto se llega a Manhattan y uno se arroja por las primeras calles que llevan a la zona de Wall Street y el grito enlo-

quecedor de su capitalismo triunfante. Varada ahí, me da por suponer sobre las motivaciones de quienes tiraron concreto y cristales hacia arriba: tal vez no lo hicieron porque les pareciera magnífico, osado o triunfal, sino porque la cosa en sí resultaba algo totalmente inútil para todos, incluidas las miles de personas que la llevaron a cabo. Una vez en tierra, es probable que el entusiasmo se nos abra en el pecho y desaparezca en cuanto nos perdemos por las avenidas rutilantes. La sombra de los rascacielos es tan presuntuosa y humillante que advierte muy claro: más vale no ambicionar una ciudad que jamás podremos poseer. En cambio, de Manhattan a Staten Island, hasta el alma toma asiento para extraviarse en la textura del agua, a veces verde, otras gris o marrón, invariablemente fría. En el barco, uno se libra de las orillas urbanas. Por un lado se extiende New Jersey, sus edificios mucho menos ostentosos y más industriales; por otro, Brooklyn, su aglomeración de piedra fatigada mirando al puente. Y en este paréntesis, sin suelo al cual aferrarse, al menos yo no puedo pensar en nada. La locura humana se estanca en los bordes permitiéndome descansar. Las bocanadas de salitre frío, los tumbores, el alejarse y acercarse de tierra como un mecanismo de ilusión hacen que otro tipo de arquitectura, una donde hay vacío y silencio, se encarne hacia adentro, entre mi pulmón y mi hígado. Es como si por dentro una fachada en forma de A se abriera hasta hacerme escuchar el leve crujido de una caja que se rompe. Sin más paredes que el caparazón del ferry, lo que resta es concentrarse en las facciones de los viajeros. O en perderse hacia adentro, abandonando la estructura esquelética en el asiento para soltarse como lo haría una idea vaga en el subconsciente. El murmullo de lenguajes distintos, en los que hasta las maldiciones dichas en un idioma salvaje suenan hermosas, el tufo a aguas contaminadas que llega a través de los cancelos abiertos, cualquier actividad que hace la gente, que lea periódicos o escuche música o revise su móvil, que charle o camine en los pasillos, ha de ser eclipsada por esa bruma de aire y agua que se hace alrededor de nuestros rostros, rostros de ladrillo, piernas como aceras de granito caliente por donde uno se podría echar a andar si tuviera el coraje para hacerlo. Todos ahí dentro compartimos la sensación de peligro común de estar en la intemperie, la pérdida de dirección. Pasado, presente y futuro son un estado mental. Ahí, en el ferry, hasta las cosas más sólidas y más reales, las más queridas y las más detestadas, no son más que sombras en esa superficie de agua que se abre y a la vez nos sostiene).

Se ha discutido mucho acerca de cómo influye el paisaje en los sentimientos, pero no acerca de dicha influencia en una postura ética, de si el ojo debería aceptar y cuestionar o no sobre lo que mira, porque todo el exterior, querámoslo o no, nos involucra. Por tanto se

desliza el ojo que se intranquiliza, se endurece, halla la necesidad de juzgar aunque sea a las apariencias. Después del ferry debo tomar un autobús. El tipo de personas que bajan o suben varía según los barrios. En St. George se percibe el ajetreo multirracial de la clase trabajadora, negros, indios y latinos en su mayoría, una que otra escena con personajes *white trash*. Albañiles de Galle, plomeros de Veracruz, cajeras de Madurai: ciudadanos de naciones colonizadas buscando labrar esa sustancia viscosa que llamamos “destino” y que no depende de uno, como nos han repetido hasta el cansancio, sino a menudo de los demás (principalmente del feroz sistema económico y de las buenas propinas, a fin de cuentas este sigue siendo el país más rico del mundo). En ese primer tramo de St. George a Richmond Town Road, las casas son modestas, no hay jardines, se eleva el ladrillo al cielo sin ninguna pretensión. Se leen anuncios en las marquesinas, ya un restaurante de comida hispana, *delis* lleno de menjunjes africanos o dominicanos, un servicio de lavado de ropa o una centralita desde donde la gente puede mandar dinero a otros países o hacer llamadas telefónicas internacionales. Hay afiches que no sólo colorean las paredes sino que apelan a una forma confrontativa de habitar el espacio público. Algunas calles cerradas sirven de cancha para que los niños pateen el balón cuando vuelven de la escuela, bajo la luz peligrosa —porque todo lo exhibe— y también crepuscular. Luego esos niños entran sudorosos a sus hogares cálidos, pienso, a sus cocinas vitales en su desorden. Me atrevo a intuir que quienes habitan en ese tipo de casas estallan de un modo más expansivo siguiendo el ímpetu de su naturaleza. Yo sé que tengo más prejuicios que principios, pero así es de voluble el ejercicio de la especulación.

A la mitad de la ruta que hace el camión, bajando a Historic Richmond Town, el panorama se transforma. Por algo este distrito, el de Staten Island, es mayoritariamente blanco y el más conservador. Aquí la clase media parece haberse otorgado a sí misma el derecho a considerar pintorescos los archipiélagos de barrios habitados por gente trabajadora de la cual está rodeada. Las casas victorianas empiezan a lucir el verde de los jardines entre una pieza y otra, las flores de colores suaves o violentos arraigándose a la noción de la forma. En algunos jardines no falta quien coloque una inscripción bíblica tallada en piedra, algún salmo que me hace cuestionar por qué a menudo asocio la riqueza material con la religión, y por qué dichas frases cinceladas en las fronteras entre un jardín y otro solapan una idea: en Estados Unidos la religión más importante es la de la propiedad privada. Por lo demás, en el despliegue tanto de la amplitud de los porches, como de las fachadas de dos aleros o dos pisos, con sus ventanales herméticos que aíslan los rumores de la avenida, me permite entender

ese realismo sin concesiones que Edward Hopper captó tan bien del exterior americano, como un vehículo a través del cual pudiera atisbarse la geografía emocional, ahí donde el sonido amortiguado del vacío queda expuesto gracias a la dureza de la luz, a los interiores y exteriores que en su abandono o alienación resultan sinestros, cuando no inquietantes.

Bajo en Corbin Street y avanzo hacia Elkhart. Porque aún no se arraigó del todo la primavera, los árboles están desnudos: árboles de filigrana, algunos ya comienzan a escupir hojas. Al caminar bajo esos árboles cincelados por la blancura del sol, pienso en aquella maleza seca de los páramos en Ciudad Juárez, donde es posible hallar una refacción mecánica junto con la mano cercenada de una obrera. El césped bien cortado de los jardines de la clase media de este barrio me obliga a pensar en las horas de trabajo que los dueños mal pagan a los muchos sin papeles que laboran por acá.

Además, estas casas, las de la avenida Arthur Kill, me traen a la mente las historias de Yates y Cheever: historias de empleados de la Ford o la Chrysler con sueños que paulatinamente se vienen abajo, a la par que un desajuste mórbido se oculta tras la eficiencia con la que funciona su servicio eléctrico. Algo en la manera en como están construidas me obliga a imaginar en el rumor de fondo que se precisa poner en ellas para estremecer su dureza de significados. Su simetría invita al error. Su orden, su refinamiento, es también su misterio: hay en ellas una percepción de paz que pide ser destruida de manera abrupta. Me intriga merodear su fachada, el mu-

tismo que las rodea y lo que detrás de sus cortinas se asoma. No son como los edificios de brillante estuco rojo abigarrados de la urbe, en donde el techo de uno es el piso de otro, y las alcobas, que rompen el concepto de privacidad, son párpados abiertos que hurgan al vecino de junto. No. Las residencias de los suburbios, hechas como para una ilustración de cuentos infantiles, tienen una cualidad esmaltada y alucinatoria porque es difícil penetrar en ellas salvo con la imaginación. Una casa es el espacio más privado que hay. Puede haber algo podrido enterrado en el patio que amenaza su paz (ahí está la oreja bordada de hormigas en la primera escena de *Blue Velvet*, de Lynch). O puede el motor de la lavadora sonar en una tarde apacible sin que exista jamás, para quien seca la ropa, una epifanía.

En el porche están los coches y las bicicletas, aquí pocas personas usan el transporte público. Y cuando lo hacen, también impera el control. Hay mucho de enloquecedor en la forma de vivir así, con toda la tecnología al servicio de la gente. Aquí se usan los teléfonos celulares para saber a qué hora llegará el camión a la parada próxima. Basta apretar un botón y hemos perdido la posibilidad de esquivar al objeto domesticado por nuestros hábitos y por los grandes alcances cognitivos de los aparatos electrónicos. Con lo hermoso que es ver la impaciencia aglomerándose en un STOP. El GPS es ahora el oráculo que a los conductores y a los paseantes les hace perder los beneficios de ir o caminar en dirección contraria, en un viaje donde a cambio de extraviarse se aprende algo que uno no sabía sobre sí mismo, sobre



Playing House en el Museo de Brooklyn

los demás o sobre lo que arrastra consigo el tiempo. Y vamos, no diré que prefiero una brújula o un reloj de arena, pero me gusta la ruta del equívoco al que obliga la maraña propia de calles y avenidas que se cruzan y van mutando de manera tan imperceptible que nos sorprenden con un atajo desconocido, o con gente que da direcciones erradas jugándonos una broma. La posibilidad de no poder fiscalizar el reloj y ser impuntuales me parece el mejor ejemplo de que al mundo físico aún le quedan formas de imponer sus propias reglas. El merodeo sin propósito sigue siendo, al menos para mí, una forma maleable de conocimiento. (Miento un poco. Hoy esperé un autobús y sufrí el embate de ignorar el servicio digital que indica los horarios de arribo a la estación más cercana: la demora fue de treinta minutos. Pero entendí lo siguiente: no es la comodidad lo que la eficiencia del servicio de transporte busca en este país, sino la certeza de evitar a toda costa la frustración).

Claro que esta perspectiva es la de una mujer latinoamericana que se está acomodando a los hábitos del primer mundo y de la vida moderna, que ha acuñado con desesperación las palabras eficiencia y control. He olvidado decir que en cualquier parte del mundo me sentiría mucho más identificada con los gramófonos que con la versión de radio por Internet. Mi visión de mujer de provincia ha de dar pena y ternura, lo sé, sin embargo tiene la cualidad de quien se asombra por algo antes no visto, igual a cuando alguien ve el mar por primera vez, o a quien aprende a usar las escaleras eléctricas a los cincuenta años.

Hay mucho de enloquecedor en la forma en que estos dúplex se llenan de cosas. Objetos para todo, para armar y desarmar, objetos para llenar las certezas y para paliar los miedos que emergen más de las creencias que de las emociones. Objetos que terminan sedando a las mentes. Vamos olvidando poco a poco la existencia interior que reposa y se alborota de manera semejante a como las cosas se mueven afuera. Entonces la vida se torna menos peligrosa y más previsible... Pero nunca dura demasiado. Pronto un sonido de cristales rotos detrás del cuarto en el que una vive, vuelve a trastocar todo. Nadie nos garantiza que detrás de estas construcciones idénticas en su forma y diferentes apenas por el tipo de maceteros en su huerto, tan frágiles que pueden ser desprendidas por un huracán, inverosímiles casitas de juguete que parecieran pegadas con Resistol 5000 en la superficie de una maqueta, nadie nos garantiza que dentro de ellas no viva un picahielos enfermo de nervios, una estufa deprimida, una lavadora demente: de cerca ninguna casa es normal. Y aún más grave: si, como se dice, los objetos dicen más de nosotros que una confesión, habrá que tomar en cuenta que no estamos a salvo de que nuestra propia intimidad nos traicione en esa región que llamamos “casa” y que siempre es más que nuestro empeño por someter el espacio a nuestro antojo. Al abrirse el pestillo de una puerta, puede explotar un sórdido asunto, una conjetura racista, la insana discusión de por qué se estropean los afectos, la canción de cuna de un revólver con su respectiva licencia, o un rumor insólito buscando airearse un poco, exigiendo su cuota de intemperie. **U**



Playing House en el Museo de Brooklyn